La Revelación



REVISTA ESPIRITISTA

FUNDADA EN 1872

POR

MANUEL AUSÒ MONZÓ

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AÑO XXVI—NÚMERO X

Octubre de 1897

SUMARIO

Precio de suscripción		
	En la Península, un año.	6 pesetas
	Extrangero y Ultramar, id.	9 »
	En Alicante, por id.	5 »
	Número suelto	0'60

Oficinas: Calle Alfonso el Sabio, 24, entresuelo.—ALICANTE

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AÑO XXVI | Alicante 25 de Octubre 1897 | NÚMERO 10.

SECCIÓN DOCTRINAL

COMPROBACIÓN DE LAS VERDADES FUNDAMENTALES

DEL ESPIRITISMO

IV.

Demostración experimental de la supervivencia del alma humana por la comunicación medianímica con los Espìritus.

Si cerciorado previamente de que estoy despierto, sin que preocupación alguna venga á nublar mi juicio; y además, solo, en mi habitación, en pleno día, rodeado de muebles que conozco perfectamente por ser de mi uso constante; y al apoyar mis manos en uno cualquiera de ellos siento que se mueve en sentido contrario á la presión mía, como si estuviese animado. Si con ligero balanceo, tras crujido característico, el citado mueble—que puede ser una mesa pequeña, una silla, un velador ó un palanganero—se eleva del suelo y como adherido á las manos del experimentador (que apenas lo tocan) alcanza una altura suficiente para interponer entre él y el pavimento otra mesa, otra silla ó un taburete. Si descendiendo como subió, ora golpea el suelo, ora sin golpearle deja oir en cualquiera de sus porciones superficiales golpes secos, perfectamente claros, sin causa aparente. Todo esto lo único que puede probar, es, que la materia, bajo el influjo de fuerzas desconocidas para nosotros, adquiere en ocasiones una vida ficticia que la permite moverse, subir por el aire como un globo aereostático y dar golpes como quien llama á una puerta para que le abran.

Reputo exacto el símil y pregunto con el pensamiento:—¿No es así?—Con-

téstame otro golpe seco; ¿querrá decir sí, ó no? Veamos; echo mano del alfabeto Morse y repito la misma pregunta *mentalmente*.

Tres golpes ligeros, separados por un intérvalo de cinco segundos de otros dos golpes, iguales á aquéllos, me responden; Si. (Cabalmente; la letra S, tres puntos; la I, dos.

Continuemos.

—Y para allanar dificultades convengamos en indicar los puntos con golpes suaves y las rayas con golpes fuertes.—Tres golpes suavecitos, uno mucho más fuerte y otro idéntico á los primeros, indican que mi interlocutor queda enterado; si es el diablo, hay que convenir que marcha con los tiempos, porque sabe telegrafia.

Prosigo de este modo, y el fenómeno me dice; que es un espíritu que ha vivído sobre la tierra y, queriendo atestiguarme su inmortalidad, ha venido á mi.

Dóile las gracias por la atención, porque ni con el mismo Satanás puede estar de más la cortesía; y como dice el refrán: Amigos hasta en el infierno!

—Y venga la verdad aunque la diga el diablo—me contestan los golpes.

—Conque ¿también el diablo anda en la danza?

—Toma un pliego de papel de cartas, examínalo detenidamente para ver sí tiene huellas de escrito, y colócalo, con un lápiz, en una cajita elegida y escrupulosamente revisada por tí: ciérrala con llave, ó precíntala á tu gusto; pon la mano sobre ella después, y cuando yo te diga que puedes abrirla, juzgarás por el contenido.

—Veamos en qué pára todo ello. Ya está. Media hora, una, dos y.... nada! ¿Se habrá burlado de mí?

Al día siguiente abro la caja y... nada más que el papel en blanco y el lápiz como yo le puse.

Al otro idem; y á los siguientes, idem, idem.

Bah! Todo ha sido un sueño y nada más. Ni sé para qué coloco de nuevo la caja como estaba. Pero en fin, ya está hecho y no voy á deshacerlo. ¿Que pusiera una mano? Aunque ponga las dos me parece que será lo mismo. Cinco minutos, diez... ¡calle! los golpes! ¿Que abra?

Y abro y me encuentro....

Con un escrito cuyos caracteres corresponden á los de un ser que desapareció en el sepulcro y lloraba perdido para siempre.

Compárolo con otros que poseo como recuerdos preciosísimos, y no solo son de una misma letra, si que de estilo tan semejante, que revelan su mismo orígen.

Su contexto es lo de menos tratándose de hechos *positivos*, pero..... ¿cómo puede ser todo esto?

Para convencerme de que el escrito no es una aberración de mis sentidos, lo guardo, y en la primera ocasión se lo muestro á cualquier otra per-

sona unida como yo al muerto, por la amistad ó por el parentesco, sin decirle más que:—¿Conoces esta letra?

Y el pariente ó el amigo confírmanos, al par que en la realidad, en la semejanza de la escritura.

Esta nueva experiencia nos dará la convicción de que existe una fuerza, que denominaré psíquica, que no solo anima en momentos dados la materia inerte dotándola de movimiento y de una especie de inteligencia, si que también nos conserva el pensamiento íntegro—pues lo tocamos, por decirlo así, manifestándose tal,—de los séres queridos, que hemos visto descender al sepulcro.

Mas hé aquí que la misma *fuerza psíquica*, en sucesivos y expontáneos dictados, explica los hechos, no como nosotros nos empeñamos en explicarlos, sino como *son en realidad*; y no solo arguye con razones filosóficas, científicas y religiosas, sino con múltiples y varias experiencias en que, á diario, nos demuestra los errores de observación en que hemos incurrido.

¿Vamos á cerrar los ojos á la evidencia?

Lo más prudente es, si su explicación no nos satisface, oponer sin desmayo razonamientos á razonamientos, hechos á hechos, explicación á explicación.

Y véase lo que son las cosas. No hay nada que halague tanto á la *fuerza psíquica*, como ver que léjos de despertar una fé ciega, despierta un estudio detenido, minucioso, sério é imparcial. En este último caso, sus manifestaciones no se limitan á la escritura mecánica ó directa; nos hace presenciar materializaciones asombrosas (que nos conserva la fotografía) durante las que podemos ver y hablar á nuestros hermanos de ultra-tumba.

Sin contar otros muchos fenómenos tan *reales y positivos* como los de cualquier otra ciencia, y cuya enumeración llenaría números enteros de nuestra publicación.

No hay, y dudamos muchísimo que pueda haber, demostración experimental más rigorosa de la supervivencia del alma humana, que ésta de la comunicación medianímica con los Espíritus.

—Quién puede afirmarlo?—ha dicho el escéptico.

—Los hechos—contestamos nosotros.—Experiencias análogas á la descrita, en cuyo secreto, tan iniciados estamos los adeptos del Espiritismo como los sectarios del fanatismo religioso, los corifeos del materialismo científico y los que, apenas se pueden llamar ni escépticos, porque si creyeran en el escepticismo, creerían en algo.

La comprobación de esta verdad está al alcance de todos; pero téngase presente, que manifestándose—lo mismo en las experiencias de psico-física que en las de psicología superior—entidades libres dotadas de voluntad, tanto ó más enérgica que la del experimentador, la falta de éxito en muchas ocasiones, nada prueba en contra. Es como si dijéramos á un amigo:—Te espero á comer. Reuniésemos otros muchos para que le viesen, y escuchasen; y cuando llegase la hora ni se excusara, ni viniera el deseado amigo.

Constituye además, esta verdad consoladora, otra de las más grandes tradiciones de la Humanidad terrestre.

No solo concuerda con todas las verdades demostradas, sino que no hay ciencia que no complete y aclare ensanchando sus horizontes luminosos, borrando de todos los diccionarios la palabra IMPOSIBLE.

Por todo lo cual nos limitamos á decir:

Nosotros no hemos descubierto las Américas del cielo. Esta vez han sido los *americanos* los que nos han descubierto á nosotros. ¿Lo dudais? ¿Creeis acaso que es Satanás? En vuestra mano teneis el cercioraros de la verdad. Por poco lo dejais sino intentais experiencias tales, que, ni son costosas, ni difíciles. *Estudiad, observad, buscad sin desfallecimientos*, Y DESPUÉS HABLAREMOS.

SECCIÓN FILOSÓFICA

EXCURSIONES FILOSÓFICAS

La Creación..... siempre..... eterna.

—Pues, si, señor, decía un espiritista algo atrasadito á otro, un poco más ilustrado: constantemente están machacándonos los oidos todas las filosofías espiritualistas, incluso la nuestra, con aquello de que Dios crea eternamente, siempre y á toda hora nuevos cuerpos y nuevas almas, y yo por mi parte puedo asegurarte, al ménos con respecto á estas últimas, que se falta con ello abiertamente á la verdad.

—¿Y puede saberse, amigo mío, le dijo su compañero, en qué fundas tu oposición?

—Pues la fundo sencillamente en que si Dios crea incesantemente, según se dice, nuevas almas para nuevos cuerpos, es indudable que estas almas han de poseer, desde luego, un singular privilegio sobre las ya creadas, el privilegio de gozar de los beneficios de un *progreso* adquirido por nosotros y nuestros antepasados á costa de sacrificios inauditos, de luchas sangrientas, de hambres, persecuciones y muerte. Esto, en primer término; y en segundo lugar, porque las almas que se reencarnan, son siempre, según enseña el Espiritismo, las mismas almas que ya habitaron la Tierra ú otros Mundos, para su consiguiente purificación.

—No puedo negarte, amigo querido, que, á las primeras de cambio, parece tu oposición como el estallido de una bomba de dinamita, pero estudiemos esa

oposición tranquilamente y verás cómo semejante bomba queda reducida á la rápida y hermosa luz de un relámpago y nada más.

En efecto; si Dios creara almas privilegiadas, tales como las de los Angeles, Arcángeles y Serafines, y además de ello un alma nueva para cada cuerpo nuevo, según pretende el Catolicismo, es evidente que el Supremo Hacedor, léjos de ser la personificación de la más absoluta Justicia, sería el primer conculcador de ella, y, por consiguiente, dejaría de ser Dios.

—Entonces, amigo del alma, venimos á parar en que si Dios no debe ni puebe crear almas privilegiadas, no pueden existir tampoco, como decía yo ántes, *almas nuevas*.

—Alto ahí, caballerito, y ante todo empieza por mostrarte para con Dios como un sér agradecido, pues tal van á reclamarte el sentido común, la Ciencia y el Espiritismo en nombre del tercer Reino de la Naturaleza, del Reino animal no humanizado aún; puesto que la mayor parte del mismo, como los peces, las aves; y mamíferos, cual la vaca, el carnero, la oveja, el cerdo, el conejo y otros varios, te entregan sus exquisitas y ricas carnes, sus leches, mantecas y huevos para la satisfacción de tus primeras necesidades; y esos pobres animales á quienes una humanidad que de todo tiene el nombre, ménos de humanitaria, mata por placer, como á los pájaros, palomas, ciervos, liebres y jabalíes, *esos pobres animales*, repito, *como formados de un mismo principio inteligente, han de llegar á ser con el transcurso de los siglos, hombres civilizados como lo somos hoy tú y yo*. (LIBRO DE LOS ESPÍRITUS, párrafos 606 al 610.)

Luego existe una constante, una eterna creación en la tierra como en el mar, en el aire como en los espacios infinitos; existe una constante, una eterna creación de nuevos cuerpos y *nuevas almas;* y cuando esas almas rudimentarias, (animales de limitada inteligencia) llegarán un dia á ser espíritus de la especie humana, esos espíritus encarnarán, como han encarnado ya, en este y en otros mundos; y no serán siempre, como no son por consecuencia, las mismas almas las que reencarnan; y no serán, en fin, almas privilegiadas como las de los Angeles, Arcángeles y Serafines, sino almas nuevas que á costa tal vez de más dolorosos sufrimientos que los nuestros; y de luchas, de hambres y persecuciones más crueles tambien que las nuestras, alcancen un *progreso* más intelectual y moral que el que hoy gozamos nosotros, pues á mayor sacrificio, mayor premio ó recompensa.

—Magnífica, sublime solución, amigo cariñoso, por las consecuencias lógicas que de ella se desprenden; y no dudes un momento que no seré yo el que desde hoy juzgue con notoria ligereza, ninguna hipótesis ó teoría sin antes haberla estudiado sosegada y detenidamente.

Lázaro Mascarell.



¿Es el orar tiempo perdido?

(A un espiritista racionalista)

DISPENSA si te tuteo: somos de la familia. Quiero además exponer mi opinión con mi habitual franqueza, y el tratamiento ceremonioso sería para mí una traba.

Tu notable artículo *«Más sobre la Oración»*, publicado en el número 9 de LA REVELACIÓN, me ha dejado perplejo. Es de una lógica contundente; empleas argumentos irrebatibles, con los que no puede uno menos de conformar; pero... ¡ay amigo!... después de leer y meditar tu trabajo, se siente frío en el alma y tristeza en el corazón, y vienen ganas de renegar de la lógica, que, de manera tan despiadada, nos arranca nuestras queridas ilusiones. En fin, y para hablar claro, te diré, que si bien todo aquello *convence*, en cambio *no satisface*. La inteligencia *aplaude*: el corazón *protesta*.

No he de censurarte aquel disparo *á boca de jarro* con que tu artículo empieza, diciendo de una manera tan absoluta y rotunda: *orar es tiempo perdido*. Cada cual tiene su modo de matar pulgas, ó su manera de presentarse; y puede que si á mí me diese por ser cazador empezara también mis cacerías tirando un cañonazo á la entrada del monte. No tiene más de malo este procedimiento sino que la caza menor, los séres tímidos, se espantan y se queda el cazador sin ver pelo ni pluma por ninguna parte.

No sé si algún lector habrá saltado de la silla ó suspendido la lectura de tu artículo ante principio tan fuerte: en cuanto á mí, te confieso que dí un respingo añadiendo:... ¡caracoles!... Y, cual si aquella proposición me sirviese de aperitivo, devoré el artículo con la idea de aprovechar mejor el tiempo y no malgastarlo de aquí en adelante si es que en el orar se pierde. Lo mismo me sucedió en otro tiempo con el famoso folleto de Suñer y Capdevila *¡Guerra á Dios!* Muchos huían santiguándose, al leer este atrevido título en el escaparate de la librería; á mí me sirvió de atractivo, y quise saber su contenido.

No te ofendas, amigo racionalista, por la comparación establecida en el anterior párrafo. Yo tengo la firme persuasión de que crees en la eficacia de la oración, no menos que Suñer creía en Dios. Suñer se declara ateo de las falsas concepciones que de la Divinidad han tenido todas las religiones; tú combates también el falso concepto que de la oración tienen la mayoría de los humanos. Pero como no es posible admitir que nadie combata á un ente imaginario, á un *no ser* (á menos de estar loco), uno y otro reconoceis implícitamente aquello mismo que combatís y tratais de destruir con vuestros argumentos.

Se puede ser todo lo radical que se quiera en principios; se puede ser intransigente en los hechos, en la falta de concordancia de las obras con las creencias; mas cuando se trata de un asunto tan universalmente sentido como el de la oración, me parece bastante atrevido negarlo sin establecer distingos. Por eso yo, argumentando á estilo de los antiguos estudiantes, digo, tratándose de la oración, distingamos:

Si con la oración se pretende mudar lo *inmutable*, y falsear la eterna y Suprema justicia, la oración es inútil. Si se pretende con ella aplacar los *enojos* de la divinidad, es proferir una blasfemia al suponer que Dios puede enojarse y alterarse en su bondad y justicia, por los errores y faltas humanas. Si con la oración pretendemos alcanzar alguna *merced* (que como tal ha de ser injusta), es pretender sobornar la soberana justicia y suponer que ésta pueda descender y amoldarse á las pasiones é intereses humanos. En tal concepto, ciertamente no caben distingos: la oración resulta inútil; y si no podemos calificarla de perjudicial y contraproducente, no hay inconveniente en conceder que en este modo de obrar se pierde lastimosamente el tiempo.

Pero es que en la oración hay que tener presente por lo menos dos factores esenciales: el *sujeto* y el *objeto*; el que ora y á quien se ora; dejando aparte el *cómo* se debe orar, ya que este acto no puede, en mi concepto, sujetarse á reglas ni á modalidades precisas. Hemos examinado la oración en cuanto al *objeto*; veamos si ésta puede reportar utilidad ateniéndonos al *sujeto:* al sér que ora.

Mas antes de pasar adelante quiero examinar un párrafo del artículo que sirve de tema, porque entiendo que de no prefijar y aquilatar su significado, podría llevarnos á muy opuestas consecuencias. Dice así: «Y como es (Dios) *principio* y *fin* y el único *creador*, todo cuanto tenga ser ha de deberse á su *sér*, ser esencia de *su* esencia, estar en *Él* en lo eterno, y gozar de lo inmutable substancial, en lo *inmutable* absoluto.»

No es que esté disconforme con el párrafo transcrito: antes al contrario, lo hago mío por lo mismo que conviene con mi criterio, pero entiendo que es demasiado metafísico y pudiera producir extravíos. Que todos los séres gozamos de esencia ó substancia *inmutable*, convenido; mas esto no quiere decir que seamos inmutables en *modalidad*, esto es, en los modos de manifestación, que son infinitos: de otra suerte el progreso sería imposible; nadie podría ascender en la escala infinita de perfección; ni la oración, que viene á ser una ascensión momentánea, se comprendería tampoco. Nuestra lengua tiene dos verbos, *ser* y *estar*, que expresan admirablemente esta distinción, cosa que no sucede en otros idiomas; y así podemos decir, que no cambiamos en el modo de ser, pero sí en el modo de estar.

Cambiando en nosotros el modo de estar, seguramente nos hallaremos alguna vez en desequilibrio moral, y por tanto, en sufrimiento, mientras permanezcamos en aquel estado, inferior al que ordinariamente nos corresponde. Entonces

el alma, tocada de una aspiración secreta, dirígese hacia la Suma perfección buscando consuelo á sus desdichas; y como al ascender se coloca en grados relativamente superiores al en que se encontraba, tiene que participar del bienestar moral que á tales estados corresponde. ¿Qué ha hecho el alma con esa elevación accidental? Ha orado; y los efectos de la oración son siempre infalibles.

Yo soy de opinión que solo los que se sienten desgraciados son los que oran. Quien se siente feliz en el estado moral en que habitualmente permanece, no ansía salir de él; no se esfuerza por elevarse á esferas morales superiores; y cuando no hay elevación en las almas no puede decirse que hay oración.

Si no temiera pecar de prosaico, yo me valdría de una vulgar comparación para explicar cosa tan sublime como la oración es. Figuraos, diría, que á una persona se la tiene encerrada en un obscuro y húmedo calabozo sin percibir los efluvios de luz y calor que el benéfico sol envía á la tierra. Molestado el preso por una prolongada obscuridad y por la consiguiente humedad que le penetra hasta los huesos, llama inútilmente á sus carceleros, llora, se desespera; todo inútil. De pronto se levanta como movido por un resorte, hace un supremo esfuerzo, trepa hasta una ventana, que se halla á bastante altura, y consigue abrirla, penetrando por ella un rayo de sol que le reanima, conforta y llena de alegría. Si el preso hubiera tenido medio de salir de su calabozo, subirse á la azotea ó pasear al aire libre, los efectos del cambio de estado habrían sido más rápidos y mayores.

Ahora bien, ¿se han cambiado en este caso, ni alterado en lo más mínimo las leyes naturales á que obedece el astro solar? Nada de eso; ni el sol dejó de emitir sus rayos á la tierra cuando el preso no podía recibirlos, ni ha habido aumento de luz y calor cuando abrió la ventana ó salió á la superficie. Quien únicamente ha cambiado en su estado ha sido el recluso.

De igual manera, pues, cuando el alma atribulada se eleva hacia las alturas morales, y al descender á su cárcel se siente reanimada y fortalecida, nada ha cambiado tampoco en la Divinidad ni en las leyes universales: Dios ha permanecido absolutamente *inmutable*, inflexible en su eterna justicia, invariable en su infinita bondad: pero el alma lacerada halló en la oración el consuelo que buscaba: adquirió la fuerza moral que á Dios pedía. ¿Cómo se ha realizado el prodigio? Cambiando el alma en su modo de estar; ascendiendo momentánea mente algunos grados en la escala de perfección. Ni nada más ha pasado, ni podía pasar de otra manera.

A semejanza del sol que no esconde en su seno la luz ni el calor, sino que la esparce por todo su sistema planetario, Dios tampoco nos oculta sus perfecciones. Su bondad y su justicia se hallan esparcidas por el infinito. Para alcanzarlas, solo se necesita que salgamos de nuestro frío egoismo y nos elevemos hacia Él. Si nuestra limitada pequeñez no nos permite llegar hasta la Suma perfección que Él representa, no por eso quedaremos defraudados: en la escala infinita que á Dios conduce, se hallan infinitos seres que nos saturarán de su

benéfico aroma moral y representarán para nosotros nuestra inmediata Providencia.

La oración no puede reglamentarse ni sujetarla á tiempo ni medida. Como hija del sentimiento, es un quejido, es un suspiro del alma que se escapa sin que el alma misma (como inteligencia) se dé cuenta. Y así como no hacemos intención de suspirar, ni el suspiro sube del corazón á la garganta cuando nosotros queremos, tampoco cabe hacer intención de orar ni fijar tiempo determinado; y los que así oren pierden lastimosamente el tiempo. En este caso es exacta tu proposición de que: *«orar es tiempo perdido.»*

Leon Denis, en su hermoso libro *Después de la muerte*, dice en la página 398: «Hay hombres que hablan mal de la oración y la encuentran trivial y ridícula. Estos tales jamás han orado, ó jamás han sabido orar.»—No quiero aplicarte á tí ni á cuantos combaten la oración, reproche semejante. Yo creo que todos oramos alguna vez, porque nuestra debilidad y las contrariedades que por todas partes nos cercan, nos fuerzan á buscar consuelo por encima de nosotros.

Tú confundes en una sola la adoración y la oración: yo creo que cabe distinguir estos dos estados del alma; por más que, á primera vista parezca difícil. De los tres sublimes atributos divinos que en Dios reconocemos: *Verdad, Bondad* y *Belleza*; á la primera la acatamos y *adoramos*, á la tercera la *admiramos* y á la segunda, á la Suprema *Bondad*, es á la que se dirigen nuestras oraciones.

Pídote perdones si alguna de mis frases ha podido molestarte, y agradezco que tu artículo me haya sacado de la atonía en que me hallaba, permitiéndome exponer mi pobre criterio en asunto tan trascendental como por muchos mal comprendido. Soy muy radical en filosofía; pero soy á la vez religioso, en el genuino sentido de la palabra. En mis tribulaciones, he elevado hácia lo Alto mi espíritu: he orado, sin palabras; y jamás he salido defraudado en mis consuelos. Por esto, si de algo puede servir á lo anteriormente dicho, agrego mi experiencia personal.

Fabián Palasí.

Sabadell, Octubre de 1897.

SECCIÒN DE CRÍTICA RELIGIOSA

Las Noches Alicantinas

IV.

ABDES.—No tanto para acabar de penetrarme de vuestras ideas, que responden á nobilísimas aspiraciones de tolerancia, fraternidad y amor universales

como para medir el tiempo que de los viejos y exclusivistas dogmas las separa, quisiera en esta noche dar principio al estudio crítico de algunas obras modernas en las que lumbreras de diversas teocracias exponen con toda holgura, y es de suponer que *con toda fidelidad*, sus criterios respectivos. Empecemos—si os place—por el Catolicismo.

PACO.—Que no tiene nada de tal. Porque si fuera de él no hay salvación, y aun tan solo una exígua minoría de los que en sus aras comulgan lograra salvarse, ¿á qué queda reducida su decantada universalidad?

GABRIEL.—Eso sin contar con que por el número de adeptos dista un poco de figurar á la cabeza de las religiones.

MATÍAS.—Al cabo de tantos siglos de existencia no dejaría de ser curiosa una estadística de los adeptos y adversarios que tiene en paises tan católicos como España, Francia, Italia y Austria por no citarlos todos. (1)

ABDES.—Queriendo conocer lo más reciente de dicha clase de obras, suscribíme á poco de llegar, á la titulada «LA LEYENDA DE ORO PARA CADA DÍA DEL AÑO. *Vidas de todos los santos que venera la Iglesia.*» «Quinta edición completada con las vidas de los santos canonizados desde 1855 hasta la fecha y una série de estudios refutando los errores modernos sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo y los santos, por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.ª Vilarrasa, Arcipreste de la Santa Catedral de Barcelona. Precédela un prólogo del Rdo. P. Fr. Ruperto de Manresa, de la Orden de Menores Capuchinos» y la editan lujosamente L. Gonzalez y C.ª, Editores, Calle de Lauria, 78, Barcelona. MDCCCXCVI. Ah! y aprobada por la Autoridad eclesiástica.

PACO.—El que menos de nosotros ha leído dos veces la parte que de dicha obra está publicada, buscando quizá lo mismo que tú; algo que denuncie un propósito sincero de armonizar la fé religiosa con el espíritu moderno menos indiferente á estas cuestiones de lo que la teocracia cree.

ABDES.—Y bien ¿qué me decís?

PACO.—De su parte material y de su parte literaria, que honran respectivamente á la casa editora y á las reputadas plumas que la han confeccionado; en cuanto al fondo, si admirable dentro del criterio católico apostólico romano, á la luz de las ideas contemporáneas ya es otra cosa.

GABRIEL.—Cierto.

MATÍAS.—Por lo pronto, observad este curiosísimo contraste. Religiones que ensalzan el desinterés y la pobreza, como la budhista y la católica; bautizan sus obras de propaganda con títulos como «*Por las puertas de oro*», «*La Leyenda de oro.*»

PACO.—Y *La hormiga de oro* (Revista católica).

MATÍAS.—Y luego hablarán del becerro de oro y la idolatría que en nuestras sociedades goza.

(1) Véase el artículo intitulado *Datos curiosos*, que publicaremos en nuestro próximo número.

GABRIEL.—Y después de todo, si esa Leyenda y esa Hormiga llenan de oro sus arcas ¿por qué no llamar las cosas por su nombre?

PACO.—Tienes razón, pero vamos por partes. En el Prólogo del Rdo. Padre Fr. Ruperto, de Manresa, y refiriéndose á la incredulidad del siglo, hay una declaración que también es de oro: «En efecto: jamás el Catolicismo en su larga historia ha sido tan honda y duramente combatido.»

ABDES.—Y que no me ha llamado poco la atención dicho Prólogo! Porque —me digo yo—tras la epopeya católica de Fernando é Isabel; con todo el poder de un Felipe II; con haber expulsado moriscos y judíos; con haber tenido un Torquemada y quemado tantos herejes; con no haber perdido en este suelo ni un solo dia el más absoluto y tiránico dominio ¿ahora salimos con que el Catolicismo?... pero oigamos al prologuista: «Una generación degradada, pro»caz y torpemente necia, habiendo descendido de las esferas de la Teología, no »se ha contentado con atacar ó negar alguno de los dogmas revelados, sino que »ha borrado de sus creencias la misma forma sustancial del Catolicismo, ha »negado toda subordinación y dependencia á los mandamientos divinos, y en »el seno mismo de la colectividad, en la humanidad, ha buscado lo que perso»nalmente le faltaba, encarnando en la soberanía del pueblo la doctrina revo»lucionaria de la soberanía del hombre. Y como un abismo llama otro abismo, »y una caida otra caida, de un error y una negación han surgido otros errores »y otras negaciones numerosas y espantables. Porque aceptada la soberanía »del hombre, forzoso es reconocer que nos convertimos en verdadero límite pa»ra Dios, y que hay en nosotros un derecho que puede oponerse al derecho de »Dios, un poder capaz de resistir á su poder, una vida que se mantiene y des»envuelve sin el auxilio de su vida y de su acción bienhechora; en suma, que »por el simple hecho de nuestra existencia somos dioses, y que por su solida»ridad con el humano linaje, cada indivíduo es una divinidad. Y como todo lo »abraza y résume la naturaleza humana, será la más elevada expresión, y su »poder á lo ménos, el más acabado centro de la Divinidad.—Pero si todo es »Dios, y todos los individuos y todas las cosas son Dios, Dios es no múltiple, »sino contradictorio é incompatible consigo mismo, lo cual siendo absurdo é »imposible, síguese que Dios se excluye á sí mismo, es decir, no existe.—Y si »Dios, Espíritu soberano y purísimo, no existe ¿los habrá fuera de Él? ¿Cómo »demostrar lo invisible, lo impalpable, lo que no cayendo bajo los sentidos no »pertenece al orden experimental, y no puede, por tanto, elevarse á la esfera »de verdad científica?—Estas consecuencias, que con tremenda lógica vemos »desprenderse de la negación de lo sobrenatural, son aun más pavorosas al »traducirse en el órden práctico. Porque las ideas gobiernan é imperan los he»chos, y cuando una sociedad ha vuelto las espaldas á Dios, le ha arrojado de »su seno y le ha cerrado sus puertas, necesariamente ha de asumir y ejercer »derechos divinos, afirmar principios, crear leyes, hacer jueces, ampararse á sí »propia con la fuerza armada y oponer diques á lo que ella todavía llama el

»mal, pero que otros llaman bien, atendido que es la satisfacción de una nece- »sidad natural, de una vida natural. A su vez la nueva autoridad se convierte »entonces en tirana, en usurpadora, y en obstáculo que es menester derribar y »roer, pues al aceptar como fundamento de la sociedad política y civil y de la »doméstica la estabilidad del matrimonio, la propiedad y la transmisión here- »ditaria de bienes, impone á la naturaleza un yugo insostenible, comete un »robo de bienes que por naturaleza á todos pertenecen, é infiere á la natural »igualdad manifiesto agravio. Así de negación en negación, de error en error, »el naturalismo llega á socavar en sus mismas bases la naturaleza humana, »pierde toda noción de justicia y de equidad y hace bambolear todo el edificio »social.—Tal es el cuadro que se nos ofrece al investigar las causas del mal- »estar presente, y no hay que decir cuán pavorosos estragos han causado esas »tenaces luchas contra la Religión y las inteligencias, á las que han desviado »del genuino cauce de la vida cristiana. Porque aún allí mismo, donde no ha »sido consumada la apostasía, ha sido desnaturalizado el sentido ortodoxo de »los dogmas cristianos y ha padecido enormes quebrantos la integridad y pu- »reza de la fé. Lo cual, siendo de día en día mayor, crea una generación osci- »lante, débil, insegura en sus pensamientos, en su voluntad, en su carácter y en »su vida, tolerante con el mal, más aún que con los malos, impotente é inhábil »para obrar el bien, incapaz para asegurar su estabilidad y conjurar su ruina »material y que blandamente se adormece sobre las tempestuosas olas del »error.»

PACO.—Una pregunta: ¿quién, más que la teocracia católica ha formado con sus enseñanzas esa generación *naturalista*?

GABRIEL.—¿Qué duda cabe? España es una nación eminentemente católica.

SECCIÓN CIENTÌFICA

CONCIERTOS SIDERALES

V.

(Continuación)

EL período anual consiste en que por lo general son en extremo fuertes las maréas que suceden en los equinoccios, aunque ciertamente no sean en todas las costas, las máximas maréas. Distínguese también en este período: Primero, que son más considerables las maréas que ocurren en el solsticio de invierno que en el del verano. Segundo, que cuanto mayor sea la distancia

á que la luna se encuentre de nosotros, tanto más fuertes han de ser las maréas. De lo cual se desprende así mismo que la distancia del astro solar debe ejercer una cierta influencia; y, que, suponiendo iguales todas las demás circunstancias, las máximas maréas deben acaecer cuando estando en los sizigios, se encuentren en perígeo nuestro satélite y el sol: Y tercero, que las maréas de los sizigios en verano, en las costas septentrionales son más considerables por la tarde que por la mañana, ocurriendo lo contrario en el invierno.

Vemos, pues, según todo lo dicho, la estrecha dependencia que las maréas tienen con los movimientos lunares, y en alguna proporción con las del astro solar; de aquí también que, aún sin conocer el modo de obrar de la causa, tenemos desde luego clara y perfectamente demostrado que el verdadero orígen de las maréas está en el satélite de la Tierra y en el sol.

Vamos, pues, ahora á explicar las causas que más importan conocer de los fenómenos de las maréas. Y á este fin, y para que nuestros lectores perciban la verdad de lo que dejamos expuesto, siquier sea con el último grado de evidencia, pondremos el siguiente ejemplo.

Supongamos que nuestro mundo es un globo sólido sin movimiento alguno, que está hasta determinada altura cubierto de un fluido homogéneo, extraño y sin ningún resorte; y supongamos además que las partículas de este fluido, como ciertamente así ocurre, pesan en mayor grado hacia el centro de la total masa, y que al propio tiempo hállanse atraidas por el astro solar y por la luna. Es evidente, pues, que si todas las partículas del fluido y del globo que cubren experimentasen una atracción igual y según paralelas direcciones, no causaría otro efecto la acción de los dos astros que mover toda la masa del fluido y del globo, sin producir en la respectiva situación de sus partes ningún desarreglo. Mas como quiera que los lugares del hemisferio más cercano al astro, ó sea el superior, están atraidos más enérgicamente que el centro del globo, según la ley de la atracción, y los lugares del hemisferio más distante, ó inferior, con menos fuerza que el centro mismo, es manifiestamente claro que, aunque por la fuerza del astro solar y del satélite de la Tierra se halle removida toda la masa; como está atraido con mayor potencia el fluido que envuelve el hemisferio superior, necesariamente ha de marchar más rápidamente que el centro, y por ende, elevarse, con una acción idéntica al exceso de fuerza que á él le atrae sobre la que atrae al centro. Si tenemos en cuenta esta misma razón, fácil nos será advertir, que, como el fluido que cubre el hemisferio bajo, está con menos energía atraido que el centro del globo, forzosamente ha de marchar con menor velocidad, y por tanto, huir, si así nos es permitido decirlo, del centro, alejándose de éste á corta diferencia, con una fuerza igual á la del elevado hemisferio. Podemos, pues, deducir de todo esto que, tendiendo todos los puntos á separarse en direcciones contrarias, y con tan gran velocidad, cuanto más inmediatos se encuentran al planeta superior, indudablemente al término de la jornada ha de quedar elevado el fluido respecto al centro en los

dos opuestos lugares de la recta que pasa por el astro solar ó por nuestro satélite, formando un esferoide longo en el mismo sentido que su superficie.

Hé aquí, pues, explicado ya claramente por qué verifícase á un mismo tiempo en los opuestos puntos de igual meridiano, la máxima elevación y descenso de las aguas.

Del mismo modo se vé que no dimana del total efecto del astro solar, ó del satélite de la Tierra, el movimiento de las aguas, ó por lo menos, el que no siendo común con toda la masa de nuestro planeta, nos es sensible. Esto depende de la resultante diferencia entre la acción del astro en el centro del globo terrestre y la acción tanto en el fluido superior, como en el inferior. Para las siguientes explicaciones á esta diferencia denominarémosla *acción, fuerza ó atracción.*

Sabiendo ya que debe trocarse en un esferoide longo la superficie del occeano con dirección al planeta que lo atrae, es muy preciso saber también, para tener un conocimiento exacto de las maréas, cuál sea la naturaleza de dicho esferoide. Este, según admirablemente así lo prueba Mac Laurin en su ya citada Memoria, afecta necesariamente la forma de un esferoide elíptico.

Debemos hacer notar también que consta, no ya solo por los mismos fenómenos de las maréas, sino además por otras observaciones, que aunque el astro solar y nuestro satélite ocasionan un elipsoide y por tanto un flujo y reflujo cada uno, no es mucho menor la acción del astro solar para elevar las aguas del occeano que la de la luna. Lo cual es natural, porque la distancia del sol ha de disminuir en este grado el efecto de su masa gigantesca. De aquí, pues, que aunque haya dos flujos y reflujos que dependen de la acción del satélite de la Tierra en el curso de cada día, y otros dos dependientes de la fuerza del sol, todas estas maréas que obedecen á iguales leyes, las que son efecto de la luna son más fuertes que las que produce el astro solar.

Si el sol tuviese infinitamente menos potencia que el satélite de nuestro planeta, coincidiría necesariamente entonces la pleamar con los tránsitos por el meridiano de la luna; pero estando probado que son comparables entre sí estas fuerzas, aunque tenga en verdad menos relación la pleamar con el astro solar que con la luna, debe tener su acción á los pasajes por el meridiano de dichos astros. Podemos, pues, concluir de todo esto que la elevación en un mismo paraje de la masa líquida, debe estar sujeta á grandes variedades, así en las cantidades como en las horas, y todo según la colocación que con respecto al citado paraje guarden el sol y el satélite de la Tierra.

Alejandro Benisia.

(Se concluirá.)



CRÓNICA

Rogamos á nuestros queridos suscriptores, y muy particularmente á los de fuera de la localidad, no demoren por más tiempo el pago de su abono; y cómo quiera que estamos en los últimos meses del año, suplicámosles con encarecimiento se pongan al corriente antes de finalizar el próximo Noviembre, para no interrumpir la buena marcha de la administración.

Tengan muy presente, que para fomentar la divulgación de los sublimes ideales que entraña el Espiritismo, una de las mejores maneras es la publicación de un periódico, y esto exige cuantiosos desembolsos y no escasos sacrificios.

Si por la absoluta carencia de consideración y de amor á las doctrinas que profesan, algunos de los correligionarios á quienes nos dirigimos no responden á nuestra súplica, pondrán al Administrador de esta Revista en el duro trance de suspenderles la suscripción. Decimos duro trance, por que es muy sensible para nosotros tener que proceder de este modo con quienes están en el deber de ayudar á la causa, aunque sea con el módico importe de la suscripción, á no ser que los expresados correligionarios entiendan qne el sacrificio de trabajo intelectual y de dinero solo incumbe á nosotros solamente.

*** Nuestro muy querido amigo y compañero D. Eduardo E. García, director de la importante Revista *La Irradiación*, de Madrid, háse visto precisado á ausentarse de dicha capital por asuntos profesionales, por cuya causa se ve obligado á suspender la publicación del expresado colega, repartiéndose en cambio á los suscriptores, para que no sufran el menor perjuicio, 32 páginas de folletin que, con las 32 que les correspondían á cada mes, hacen 64

No puede formarse idea el entrañable amigo Sr. García, cuánto sentimos el vernos privados, aunque solo sea temporalmente, de la visita de su hermosa *Irradiación*, cuyo eclipse confiamos sea de breve duración.

*** Agradecemos á la ilustrada *Revista de Estudios Psicológicos*, de Barcelona, las frases cariñosas que en la mayor parte de sus interesantes números nos dedica.

Por nuestra parte deploramos con toda el alma la suspensión del valioso «*Sócrates*» y el que no haya podido cumplir, cual ardientemente desea, lo ofrecido á sus suscriptores: publicar el libro que como regalo debía remitirles. Viéndose precisada, para subsanar, en parte, la falta, á ofrecer los libros que en su administración se expenden por el equivalente al valor del expresado regalo.

*** Hemos de añadir á la ya interminable lista de los queridos colegas que han suspendido su publicación, el nombre del muy apreciable é importante semanario *El Altruismo*, cuya desaparición del estadío de la prensa no sentire-

mos nunca bastante, por ser una Revista de altos vuelos, cuyos principales colaboradores eran mujeres.

Enviamos á su ilustrada directora, Doña Eugenia N. Estopa, la expresión de nuestro fraternal afecto, poniendo a su disposición las columnas de nuestra modesta Revista, que tantas veces se ha visto engalanada con sus filigranadas y profundas producciones.

*** Tomamos de *El Progreso*, de San Sebastián (Puerto Rico):

"D. Miguel Gimeno Eito, el ilustrado escritor espiritista, ha publicado un artículo con el rubro de "La inspiración científica," para demostrar la intervención de los espíritus en los grandes descubrimientos que han asombrado al mundo.

Después de un ligero introito cita de un artículo magistral de D. Rafael Carrillo, ilustrado miembro del Cuerpo de Telégrafos, una série de párrafos interesantísimos, en los cuales deja bien sentada la inspiración dada por los poderes invisibles á los inventores, especialmente á Tomás Alva Edisson, el famoso inventor del fonógrafo, el teléfono, la luz eléctrica y una porción de aparatos eléctricos muy útiles.

Refiere el modo como este poderoso ingenio de nuestro sigló descubrió la *Máquina parlante*, es decir, el fonógrafo ó aparato conservador de la voz humana, señalando en sus detalles los momentos en que el sabio, perplejo, necesitaba una protección superior.

Tomás Alva Edisson, el famosísimo descubridor americano, no comprendió al principio el mérito de lo que su ingenio había llegado á crear. Luego, cuando la obra estuvo acabada supo por la prensa lo trascendental de su *máquina habladora*.

Tanto al Sr. Gimeno Eito, como al Sr. Carrillo, les enviamos nuestra más entusiasta felicitación por el valioso trabajo que han dado al público."

Agradecemos al novel colega las frases laudatorias que dedica á nuestro conspícuo colaborador Sr. Gimeno, en su nombre y en el propio.

*** También ha sido objeto de distinción el expresado correligionario señor Gimeno por la estimada revista *La Unión Espiritista*, de Barcelona, al trasladar á sus columnas la inspiradísima poesía intitulada *Noche Estrellada*, que publicamos en nuestra edición de Agosto.

Con tal motivo, inútil es que consignemos nuestra grata satisfacción.

Pensamientos de Victor Hugo.

Aprender á leer es encender un fuego; cada sílaba deletreada es una chispa.

—

Los libros son amigos frios y seguros.

—

Cuando la caída es más profunda, es cuando la caridad ha de ser mayor.

—

La suprema miseria es siempre ocasión de obscenidades.

—

Un cura opulento es un contrasentido. La primera prueba de caridad en casa del cura y del obispo es la pobreza.

Imprenta de Moscat y Oñate, Plaza Isabel II, núm. 10.—ALICANTE.

ó mala, según el estado de su conciencia conserva en cada una de sus vidas la responsabilidad entera de las anteriores y es lo que él mismo se hace: feliz, si acumuló virtudes; desgraciado, si acumuló vicios y defectos.

ANGEL. . *(Saliendo de la alcoba y cogiendo á Rosalía por un brazo)*. Pero si á él le perdono, á tí no quiero perdonarte. ¡Miserable! ¿Sabes lo que hicistes?

MARCIAL. *(Poniéndose enmedio de los dos)*. Angel! ¿Qué vas á hacer?

ANDRÉS . Cómo, ¿te atreverías en mi presencia?

ANGEL. . Dejádmela! Es una víbora y á las víboras se las aplasta.

ISABEL. . Angel. ¡Por mí!

ANGEL. . Pues que se vaya cuanto antes de aquí. No quiero verla más.

ANDRÉS . Isabel! Rosalía! Vosotras á cuidar del herido. Vosotros dos, oidme: tú, Angel, cojerás la mejor de mis caballerías y á buscar un médico, y tú, Marcial, á preparar todo lo necesario para transportar al caballero á su morada, tan pronto como sea posible. ¡Quién había de decirle que en el mismo lecho que infamar buscaba había de venir á debatirse moribundo y que ese oro había de servir para sufragar los gastos de una herida que su imprudencia le causara!

TELON

LA ÚLTIMA TROVA

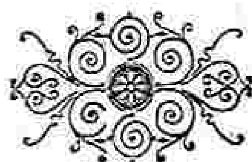
ESCENAS QUE PUEDEN SERVIR

DE

EPÍLOGO

AL DRAMA TITULADO

ALAS Y CADENAS



ALICANTE.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MOSCAT Y OÑATE.
Plaza de Isabel II, número 10.

PERSONAJES

ISABEL, esposa de	ROSALÍA
ANGEL	MARCIAL

La Última Trova.

El teatro representa una lujosa estancia del castillo de los Peñalares. A la derecha una magnífica puerta en forma de herradura, al foro otra de igual forma pero mayor; á la izquierda ámplio ventanal en forma de ojiva, con hermosas vidrieras de colores. En las paredes cuadros, tapices, panoplias, etc. En el suelo lujosa alfombra. En el centro una gran mesa, en torno de la cual se ven cuatro sillones que forman juego con la severa y elegante sillería antigua diseminada por la estancia.—Época actual.—Es de día.

ESCENA I.

Marcial, solo.

(*Sentado en uno de los sillones, lee*).

Dios bajo su guarda toma
Al pajarillo perdido,
Y á veces, al mismo nido
Vuelve la misma paloma.
Allá en la senda escondida
De la eternidad, acaso
Dá el que muere el primer paso
Para volver á la vida.

(*Dejando el periódico sobre la mesa*). ¡Cuán bien ha dicho Víctor Hugo! Elocuentes testimo-

nios de tan hermosísimas verdades abundan en la vida. Y sino, los sucesos desarrollados en estos lugares y poco más de un año: Primero, las zozobras de aquella noche agitadísima; después aquel amanecer sombrío y triste; luego la llegada del anciano doctor, que tras reconocer minuciosamente al herido, exclama: —La tercera aurora no la verá.—(*Pausa*). Y en verdad que el sabio discípulo de Galeno anduvo acertado. Poco antes de comenzar á teñir el cielo de nácares y rosas la tercer alborada, el último Peñalar dejaba entre mis brazos su terrestre envoltura. Mucho pecó. Pero ¡cuán cumplidamente supo reparar en aquel brevísimo período las principales faltas de su vida! No contento con mandar que se devolviesen canceladas al buen Andrés las hipotecas que pesaban sobre la finca, legó Isabel y Angel la tercera parte de su fortuna, aseguró el bienestar de Rosalía y murió pidiéndonos á todos sinceros y fervientes perdones. (*Pausa*). Al día siguiente del entierro de don Agustín, la marcha de Andrés con sus sobrinos á Zaragoza. ¡Pobre Andrés y con qué heroismo supo conllevar sus rudas pruebas! El resultado contraproducente de la operación no le arrancó más ¡ay! que estas palabras con que acogió su ya inevitable ceguera: —¡Dios sabe muy bien lo que se hace! ¡Bendita sea su Justicia! — Un mes después apadrinaba la boda de su hija

con Angel, no solo tranquilo, sino hasta alegre. ¡Con qué orgullo vió prosperar después á los dos jóvenes tan rápidamente! —Mira, Marcial—decíame aun no hará dos meses—casi me alegro que el heredero de D. Agustín, ese su pariente lejano á quien no hemos visto más que en los funerales, se haya arruinado tan de prisa teniendo que vendernos con el castillo las tres únicas fincas que le quedaban en el pueblo. Porque ¿dónde se podrían hallar unos mas garridos y nobles castellanos que mis hijos? (*Pausa*). ¡Pobre Andrés, poco lo disfrutó! Hoy hace quince dias que lo enterramos. Y allá abajo, entre aquellos cipreses ¡mudos emblemas de la inmortalidad! yacen sus restos. Sus últimas palabras fueron de conmiseración ante la desgracia: —Sobre todo no abandoneis á Rosalía! — (*Pausa*). También la cruz de ésta es bastante pesada. Tras el cadáver de D. Agustín, salió de la Granja para encerrarse en el castillo donde el prócer habíala señalado generoso albergue. Perturbada su razón jamás desde entonces ha vuelto á traspasar estos muros, siempre encerrada en aquel aposento debajo de cuyo bonito mirador sueña todas las noches que lindos trovadores á rondarla vienen. Su locura es pacífica. Ahora hále dado por que yo soy el Conde, Isabel la Condesa y Angel nuestro juglar. Pero la sobrevienen tales accidentes, que los médicos dicen que ha de quedarse en uno de ellos. Mas aquí se acerca.

ESCENA II.

Rosalia y Marcial.

ROSALÍA. ¿Estais solo, señor?

MARCIAL. Ya lo ves. Habla sin cuidado.

ROSALÍA. Es que no quisiera que nadie nos oyese. (*Sacando un laud, oculto en un pañuelo*). ¿Veis esto?

MARCIAL. Si. Un laud. Encerrado en preciosa caja de ébano, háse venido trasmitiendo desde la Edad Media y de padres á hijos, en esta aristocrática morada. Pero ¿de qué medios te has valido para dar con él, cuando estaba en un armario cerrado con llave?

ROSALÍA. Si el señor Conde promete no reñirme se lo contaré todo.

MARCIAL. ¡Reñirte yo! Y ¿por qué?

ROSALÍA. Pues verá V. E. El misterioso trovador que todas las noches acude bajo mis miradores, háme dicho dónde estaba y que lo tomase. Y ¡si viera V. E. qué trovas tan hermosas me cantó la pasada noche! Tanto me gustó una de ellas que se la hice repetir hasta aprenderla de memoria.

MARCIAL. Ya! Y quieres cantarla á tu vez? No es eso?

ROSALÍA. Eso es. Pero ya sabe V. E. que yo no sé tañer el laud.

MARCIAL. Bueno. Y ¿la música de esa trova?

ROSALÍA. Vuestro juglar debe saberla, porque yo recuer-

do habérsela oido aquí mismo la última vez que se cantó.

MARCIAL. (Será la que Angel ejecutó el día del bautizo de su primer hijo, poco antes de la muerte de Andrés). (*Alto*). Bien; haré venir á mi juglar, porque ahora no está en el Castillo.

ROSALÍA. Pues aquí les dejo el laud. Y hágale V. E. venir esta misma tarde, porque no sabe V. E. la pena que tendría yo de no poder cantársela esta noche á D. Enrique. (*Bajando la voz y en tono misterioso*). ¿No sabe el señor Conde? Pues el trovador que casi todas las noches me da serenata no es otro que D. Enrique. Pero oigo pasos. Me voy. No quiero que me vean. (*Váse*).

ESCENA III.

Marcial, solo.

¡Infeliz! Cada vez que te veo se me destroza el corazón. ¡Oh, si mi expiación no fuese tan ruda, si la guerra no me hubiese dejado impedido, aún pudiera haberte brindado con una felicidad que huyendo ante mí como vago y aéreo fantasma constituye el mayor suplicio de mi vida. (*Desplómase triste y abatido en uno de los sillones de espaldas á la puerta*).

ESCENA IV.

Dicho é Isabel y Angel.

ISABEL. . ¡Pobre Marcial, siempre tan triste!

ANGEL. . No sé por qué me dá el corazón que también ha de abandonarnos pronto. (*Alto*). Marcial! ¡Mi buen Marcial!

MARCIAL. (*Volviendo de su ensimismamiento*). ¿Sois vosotros, queridos mios?

ISABEL. . (*En tono afectuoso*). Tenemos que reñirte.

ANGEL. . Si. Tenemos que reñirte. Tú tienes penas y á nosotros nos las ocultas. ¿Tan poca confianza te inspira nuestra amistad sincera?

MARCIAL. Pero si os equivocais. Si no tengo nada. Todo ello ha sido un vahido que afortunadamente ya pasó. (*A Isabel*). ¿Y el pequeño Andrés, tan mono como siempre?

ISABEL. . Acabamos de dejarle dormidito en su cuna. ¡Si le vieras, parece un Angel!

ANGEL. . (*Señalando el laud.*) Esto me indica que Rosalía ha estado por aquí. Desde esta mañana que noté la desaparición del laud, ando buscándolo inútilmente por toda la casa.

MARCIAL. ¡Ah, si! Y á propósito. Se ha empeñado en que la acompañes con él á ensayar una trova cuya letra dice que oyó anoche á su misterioso trovador y recuerda fielmente.

ANGEL. . Pero ¿le habrás dicho que estaba ausente?

MARCIAL.. De nada me valió. Y por evitarla otro accidente como el que hace poco la puso al borde del sepulcro, la he prometido llamarte en cuanto regresaras.

ANGEL. . Pero si estamos de luto.

ISABEL . . Mira, Angel, por una vez ¿quién lo ha de saber? Yo no quisiera tener el más leve remordimiento. Ya sabes lo que los médicos han dicho.

MARCIAL.. Y yo creo que si Andrés pudiera expresarse como su hija, haríalo en el mismo sentido. El verdadero luto no es esa exterioridad á veces vanidosa de largos velos y negras gasas. El verdadero luto se lleva en el alma!

ANGEL. . Ya que os empeñais... Hombre, y ahora que me acuerdo, ¿qué dirás que esta noche me ha sucedido?

ISABEL . . No deja de ser curioso.

ANGEL. . Pues que yo también he soñado con el juglar que le canta trovas á Rosalía. El cual juglar se llamaba Dámaso, llevaba el mismo traje con que le representa ese tapiz *(señalando uno)* en el banquete nupcial de D.ª Sol y D. Enrique, solo que su rostro era ¡pásmate! el propio del difunto D. Agustín.

MARCIAL. Ya puede ser.

ISABEL . . Verdaderamente que eso de los sueños es un terreno todavía sin explorar.

ANGEL. . No lo creais. Son quimeras no mas. Yo tengo para mí que todo provino de que al dormirme

estaba preocupado con la manía de esa desgraciada. Su imaginario trovador trajo á mi memoria el del tapiz. Y este objeto el recuerdo de D. Agustín que en tanta estima lo tenía. Con tales elementos, la loca de la casa—cuyos párpados jamás sintieron los besos de Morfeo—fabricó en mi cerebro tódo aquel castillo de naipes. Lo único real del sueño fué la última mitad de una trova que al despertarme trasladé al papel como se traslada un escrito préviamente trazado en una pizarra para que no se nos vaya de la memoria. Héla aquí. (*Da un papel á Marcial*).

MARCIAL. (*Después de haberla leido*). No puede negarse que es bella y profunda. Lástima que no poseas la otra mitad.

ISABEL. . Eso mismo he dicho yo también al leerla.

MARCIAL. Mira. Aquí viene Rosalía.

ESCENA FINAL.

Rosalía. Isabel, Angel y Marcial.

ROSALÍA. (*Dirigiéndose á Marcial é Isabel que casualmente estarán sentados juntos*). Mis buenos señores. Ya que teneis aquí á vuestro juglar, ¿sereis tan bondadosos que le ordeneis acompañarme al laud una trova que cantar deseo?

ISABEL. . Ya lo oyes, Angel.

MARCIAL. El ha de decirlo.

ANGEL. . Pues con vuestra venia, mis ilustres dueños. (*Toca acompañando á Rosalía que canta lo siguiente:*)

Todos los séres cuando á la Tierra
Del Infinito, callados bajan;
Ya les esperen pobres pañales,
Ya les reciban telas preciadas,
Entre sus pliegues, oyen ruidos
Cual de cadenas que se remachan.
Por eso al borde de cada cuna,
Cuando á la vida renace un alma,
Se oye gemido triste y doliente
Que repercute del viento en alas.
Como una queja
Desesperada.
Como un sollozo,
Como una lágrima.

ANGEL. . ¡Qué escucho! ¡Esa es la primera parte de mi trova!

MARCIAL. Que no desdice ciertamente de la segunda.

ISABEL . . No puede negarse que de un mismo origen proceden.

ANGEL. . (*Tocando de nuevo y extrañándose del silencio de Rosalía.*) Pero ¿no continúas?

ROSALIA. ¡Ay! Se me ha olvidado. Y á fé que lo siento, porque era tan bonita...! Algo así como alas y besos... Pero por más que hago, nada. No puedo recordar.

ANGEL. . ¿Será esta? (*Canta acompañándose con el laud*).

Todos los séres mientras la Tierra,
Cruzan en breve é incierta marcha;
Aunque invisibles á nuestros ojos,
Alas sutiles llevan plegadas.
Las de los malos torpes y negras,
Las de los buenos, raudas y blancas.
Por eso al borde de cada tumba
Ora les velen pobres mortajas,
Ora les cubran ricos tissúes,
Se oyen rumores de clases varias
Como de hierros
Que se quebrantan,
Como de besos,
Como de alas.

ROSALÍA. (*Que ha escuchado la trova presa de gran agitación exclama al terminar*): ¡Esa voz! ¡Esa voz! ¡Dios mio! Perdón...! (*Cae*).

MARCIAL (*Con desesperación*), Rosalía! (*Poniéndole una mano en el sitio del corazón*). Muerta! Dios mio! ¡Y yo que la amaba?

ANGEL. . (*Corriendo hacia los dos lo mismo que Isabel*). ¡Pobre Marcial!

ISABEL. . Ahora comprenderás la grandeza de su proceder aquella infausta noche.

ANGEL. . (*Tratando de quitarle de Rosalía*). ¡Valor, Marcial!

MARCIAL. No temais que me falte. Sé lo que es sufrir. Permitidme tan solo cerrar con un primero y último beso sus entreabiertos labios. (*Lo hace*).

ANGEL. . Pero Señor, ¿qué es entonces la vida?
MARCIAL. Bien ha dicho el poeta:

«es un eterno
huracán de alas vivas y cadenas!»



Rosas 11 de Julio de 1896.

LOS MUERTOS HABLAN

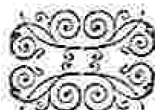
(ESBOZO DRAMÁTICO)

EN UN ACTO Y EN VERSO

Y á fé que favor me harás
Pues podré saber de tí
Si hay más mundo que el de aquí,
Y otra vida, en que jamás
Á decir verdad creí.

JOSÉ ZORRILLA.

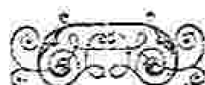
Don Juan Tenorio—Parte 2.ª Acto 1.º Escena VI.



1897
Imprenta de Moscat y Oñate
ALICANTE

— XLI —

Y no se equivocó.—¿Quién homenaje
De todo un mundo recibir podría
Sino tú, predilecto de Talia,
A quien dá el orbe culto vasallaje?
Diz que ufano te muestras del mañana
Que en nuestros cielos mágico alborea
Con ser el precursor... Serás más que eso!
Serás querub sobre la escena humana
Del sol de Dios que expléndido llamea,
Trayéndonos de luz sublime beso!



ACTO UNICO

La escena representa el salón de trabajo, y un pequeño laboratorio á él contiguo, en casa del doctor Cerdán.—Del salón ochavado solo se ven cinco paredes en esta forma: la de la derecha del público—junto á la cual deberá verse, en primer término, una poltrona y una mesa-Ministro con papeles, libros, etcétera y, sostenido por artístico caballete, un retrato de mujer colocado de modo que, viéndolo el espectador, no puedan verlo los actores más que adelantándose á la boca del proscenio—que en segundo término tiene un balcón con elegante cortinage y una silla de regilla á cada lado; la que á esta pared sigue, formando ángulo con ella, tendrá adosados: una jardinera con dos candelabros, y un espejo dispuesto de manera que pueda cambiarse en una apariencia dentro de la cual, en las escenas III y IV, debe verse la sombra de *William*; la pared del foro con puerta en el centro cubierta por lujoso portier y una silla de regilla á cada lado; en la que siguiendo á esta última forma con ella, y con el tabique (que divide en dos el escenario,) otros tantos ángulos, apóyase uno de esos sillones destinados á operaciones quirúrgicas; en la que se extiende por el escenario, hay una puerta con ancha cortina de peluche recogida sobre la abertura por un fuerte cordón de seda. A entrambos lados de dicha puerta varios estantes con libros, y encima de uno de ellos un fonógrafo dentro de su caja. Entre los estantes y el sillón—arrimada á la pared—una máquina fotográfica. En el laboratorio deben verse: una mesa colocada junto á la pared de la izquierda. Sobre ella una lamparilla de alcohol. Delante y extendida en el suelo, una pequeña alfombra. Varios anaqueles con frascos, cubetas, vasos graduados, una linterna de laboratorio y demás utensilios de fotografía, completan el menaje de este aposento.

ESCENA I.

(Al levantarse el telón aparecen: D. Manuel sentado en la poltrona leyendo un periódico y Enrique paseando.)

D. MANUEL.—«¡Un gran triunfo!
»De tal puede calificarse el obtenido por »nuestro sabio paisano el doctor Cerdán »(hijo,) con su notable *Memoria sobre la lo»cura*, en la Real Academia de ciencias mé-

»dicas de la Corte.—A juicio de los inteli»gentes, tan luminosísimo trabajo no solo »iguala sino que supera á cuantos hasta »hoy se han llevado á cabo lo mismo en »España que en el Extrangero, sin excluir »la célebre obra de Lombroso: *Pazzi ed ano»mali*.—La docta corporación que acaba de »otorgar á dicha Memoria medalla de oro, »ha comisionado á dos de sus Miembros, que »en nuestras playas veranean, para hacer »entrega de tan honrosa distinción á nues»tro ilustre conciudadadano.—La redacción »de *El Cantábrico*, hónrase hoy enviándole »su más entusiasta felicitación.»

(Levantándose y dirigiéndose á Enrique.)

¿Conque la voz de la fama,
Con justicia asaz notoria,
Sabio por doquier te aclama
Y á mí me ocultas tu gloria?

ENRIQUE.—En verdad padre, que no
Ha sido mi intención esa.
Daros quise una sorpresa
Y el sorprendido soy yo.
Dígeme en fecha remota:
—No creo que esto desdore—
Más vale que el triunfo ignore
A que sepa mi derrota.
(Dirigiéndose á él con los brazos abiertos.)
Un abrazo y ¡fuera enfado!
¿Verdad?
(D. Manuel, abrazándole)
—Si más que quejoso
Me siento de tí orgulloso! (*Pausa*)

DEDICATORIA

A mi buen amigo D. Francisco Arques Gueri

Escrito este juguete sin más pretensiones que las de contribuir á la propaganda de idea tan sublime como la nuestra, en las grandes veladas que los Centros espiritistas celebran periódicamente en Teatros concurridísimos, consideraréme suficientemente recompensado con que tú y los lectores de La Revelación *le acojais con la misma benevolencia que mis anteriores escritos.*

No atiendas, pues, al escaso mérito de este mi trabajo sino al buen recuerdo que con él te consagra

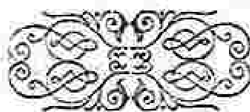
Tu amigo.

Miguel Gimeno Eito.

PERSONAS

Mis Kate, *joven de 15 años.*	William Alt Kner.
Catalina, *dama.*	Académico 1.º
D. Manuel, *anciano de 70 años.*	Id. 2.º
Enrique Cerdán, *de 41 años.*	Un criado.

La escena pasa en un puerto de la costa española del Cantábrico.—Época actual.



atropellando todo respeto humano y divino. La vida le sonríe, el mundo entero le acata, hasta la gloria ciñe sus sienes con verde laurel. El Emperador-músico nada teme, porque lo puede todo y nada espera, porque todo lo tiene. El segundo acto: Su espíritu vaga entre densas sombras, por vastas soledades pobladas de amenazadores espectros. Los de sus émulos le ridiculizan, los de sus cortesanos le escarnecen, los de sus víctimas se complacen en verle sufrir todas las torturas del más pavoroso de los infiernos: el de la impotencia absoluta en medio de lo desconocido. Y apenas se le escapa un ¡ay! millares de sarcásticas carcajadas vienen á sofocarlo; apenas aventura un paso en las tinieblas, millares de brazos de fuego surgen agarrotándole sin piedad. De aquella misma terraza en que contemplara el incendio de Roma y á que le conducen para predecirle que otro incendio le devorará sin que su desgracia excite la más leve sombra de compasión, las despiadadas turbas le precipitan á la anchurosa plaza. Y tan horroroso é incesante martirio, dura hasta que la vívida alborada del arrepentimiento da paso al atribulado día de la expiación que en pos de sí lleva los de reparaciones justas y cumplidas. El tercer acto puede ser la última parte del tema expuesto anteriormente, agregando el cumplimiento de aquélla predicción de las turbas. Acto cuarto: Nerón renace tras terribles y numerosas expiaciones y es fogoso tribuno de la plebe romana. El dolor ¡ese gran maestro de los humanos! hále regenerado. Su vida es austera, su conciencia pura, su palabra un ariete contra la tiranía. Pero la hora de tales reivindicaciones no ha sonado todavía, y, sacrificado al capricho de un déspota que se inspira en sus mismas pala-

bras de otro siglo, parece lanzado contra su misma obra.

Ya tenemos en sus líneas más generales la idea fundamental del drama en cuestión.

Ahora solo faltan los personages secundarios que han de tomar parte en cada uno de los actos y que—con distintos nombres y en posiciones diversas—serán también los mismos en cada una de las tres existencias que abarca la obra.

Más teniendo en cuenta las prescripciones anteriormente anunciadas para que una obra escénica sea viable, resulta que la acción de cada uno de los actos vendría á constituir un drama aparte, sin más lazo de unión con el siguiente ó siguientes, que el título ó la misma tésis que probar queremos.

De las tres unidades, la de tiempo y la de acción han desaparecido, quedando solamente la de lugar.

Porque aquí no cabe al principio del tercer acto y del cuarto lo mismo—poner en boca de uno de los personajes:— Han pasado tantos siglos. Ese, es el altivo emperador romano; aquel, Lucano su más terrible pesadilla en esta vida como en aquélla; yo, el primate tal ó cual. Y en este transcurso de tiempo ha sucedido esto y lo otro.

Las cosas no suceden asi en la vida, mal por tanto podrían suceder en la escena.

Máxime habida cuenta de que si entre los expuestos hay temas rigorosamente *históricos* como el de Elías-Juan atestiguado por un Cristo, y el de Marietta y Estrella verdadera autobiografía doble, hay muchos, como los restantes, que son de la exclusiva composición de los poetas.

Pero si en el juego escénico tiene lugar tan señalado, no así en los restantes elementos que concurren á formar una obra dramática. El estudio de los caractéres, la observación fina y exacta de la vida, el elemento patético y los inesperados golpes de maza—llamados teatrales—que tan súbitas como violentas sacudidas producen en el ánimo del espectador, son completamente agenos al fenómeno.

Excelentes asuntos para otros tantos dramas espiritistas serían:

Un Elias haciendo degollar implacable á los que él reputaba falsos profetas y un Juan el Bautista degollado á su vez en oscura prisión y cuya cabeza, en áurea bandeja llevada, sirve de trágico presente para una favorita de un tirano ciego.

Un Nerón en la cumbre de su grandeza, ora mirando arder á Roma—incendiada por su capricho—desde la espaciosa terraza del suntuoso palacio en que distrae sus ócios tocando la flauta, ora atravesando las hermosas y dilatadas vías de la ciudad eterna en imperial carroza precedida de lujosos heraldos y seguida de brillante y numerosa escolta de guerreros. Y luego, ese mismo Nerón, oscuro mendigo atravesando esas mismas vías en el mísero carretón del tullido con harapiento mendigo por heraldo y numerosa turba de chiquillos por escolta, haciendo resonar melancólica flauta cuyos ecos no buscan ya los aduladores elogios de los cortesanos, sino los humildes óbolos de almas compasivas.

Un Cromwell derrocando trono secular y haciendo rodar sobre un cadalso la cabeza del monarca que lo ocu-

paba, convertido más tarde en un Luis XVI cuya cabeza manda segar á la guillotina una revolución que conmueve el mundo.

Un buen drama espiritista sería *Marietta* convenientemente adaptada á la escena.

Seríalo también el feroz anarquista que, yendo á arrojar la mortífera bomba en el patio del expléndido Liceo, viese súbitamente poblando las butacas sus padres, sus hermanos y sus amigos de otras vidas y, nuevo León, retrocediese bendiciendo unos domadores que con remembranzas de amorosísima ternura, le apartaban de una senda de tinieblas y expiación.

En las obras fundamentales de Allan Kardec, y especialmente en la titulada *El cielo y el infierno según el Espiritismo*, hay todo un teatro que solo espera dramaturgos idóneos que quieran trasladarlo á la escena.

Baste citar á Slyzmel Slizgol y al Conde Max ¡qué dramas tan bellos pueden sacarse de esas dos comunicaciones!

VI.

Al llegar á este punto, surge una dificultad, que aunque de importancia, no reviste la que á primera vista aparece.

Dicha dificultad es de procedimiento.

Supongamos que se trata de hacer un drama trágico cuyo protagonista sea, v. g., Nerón. El primer acto: Nerón

ria, al Espiritismo ¿ha llegado la hora de que el autor dramático espiritista aparezca en escena con obras en que encarnen ideas tan sublimes, ó debe esperarse á que, cuando menos, la mayoría del público las comparta y proclame?

Yo me inclino á la afirmativa.

Los ruidosos y entusiastas éxitos de A. Hurtado en obras anteriores al *Wals de Venzano*, claramente lo corroboran.

Además ¿no es el Teatro escuela de las costumbres?

Pero hay todavía una razón más decisiva. Al teatro hay que llevar problemas, plantearlos en los mismos términos que se nos presentan en medio del contínuo batallar de la vida: en una palabra, hacerlos vivir para darles en escena la solución más adecuada y propia.

Ahora bien; ¿hay doctrina alguna filosófica que resuelva—de conformidad con la más perfecta igualdad de todos los séres ante la Divina justicia—mayor número de ellos que la espiritista?

Creemos que no.

Y de aquí surge la *necesidad*, y necesidad imperiosa, de llevar el Espiritismo á la escena cuanto antes mejor.

Ganarán en ello: los literatos, fama y provecho; el público, consuelos y enseñanzas; y la doctrina misma, con una más rápida divulgación, la elevada consideración á que por sus grandezas es acreedora.

¡Hácia Dios por el amor y la ciencia!



Al llegar á este punto de nuestra humilde publicación, recibimos la fausta nueva de que el avasallador de públi-

cos, el ilustre autor de *Divorçons*, de *Fernanda*, de *Thermidor* y tantas otras obras admirables, ha leido en *La Renaissance*, de *París*, conmoviendo profundamente al auditorio, un drama titulado:

SPIRITISME

escrito para la eminente trágica Sarah Bernhardt.

El telégrafo primero y la prensa después, hánnos informado que dicha obra era en pró de nuestros ideales y que su *inmortal* autor ha declarado: «que tenía á mucha honra ser un precursor de la ciencia de mañana.»

La gran trágica ¡el gran dramaturgo! y en la escena del *Renacimiento!* ¿y puede dejar de verse palpitar en todo esto la irresistible influencia de los Espíritus de Dios?

Nosotros ante acontecimiento de tal trascendencia para el Arte espírita, no podemos menos de felicitarnos y felicitar á quienes, como Mademoiselle Sarah Bernhardt y Mr. V. Sardou, tienen el valor heróico de poner todas sus esclarecidas dotes al servicio de la verdad aun á riesgo de no ser comprendidos.

Por su parte el autor del presente «Estudio Literario» complácese en enviar el siguiente cariñoso saludo:

Á MR. VICTORIEN SARDOU

Sellés en hermosísimo lenguaje (1)
Al anunciar que el triunfador venía,
Presintió que en los aires se cernía
Aguila de magnífico plumaje,

(1) Véase el magnífico *Prólogo* que á nuestra obra ha puesto el distinguido vate é ilustrado redactor de LA REVELACIÓN, D. Salvador Sellés.

Y ¿quién sabe si después de todo, á pensamientos tales no convendría más la forma épica que la dramática?

—Diráseme que con el plan anterior cabe—mejor que un drama trágico y un poema épico—hacer una hermosa trilogia.

Perfectamente. Tal creo yo también que debe ser el molde de la tragedia espiritista.

Más en cuanto al drama y á la comedia, creo preferible otro procedimiento que, respetando las tres unidades—de acción, de tiempo y de lugar—evita la monotonía inherente á la analogía de circunstancias que rodean á la falta y á la reparación.

Supongamos que se trata de dar forma teatral á *Marietta*. Pues en lugar de colocar la acción del primer acto en Nápoles, la del segundo en Granada, y en un lugar de la Saboya la del tercero; colocamos la de todo el drama en este último punto y en Septiembre de 1708. Personajes: La Sombra y aquellos dos enamorados que celebran sus entrevistas junto á la verja del antiguo castillo. Esto sin contar mendigos, aldeanos y sepultureros, personajes secundarios que pueden contribuir á dar á la obra el movimiento y vida indispensables. Acción: la de toda la novela en sus dos partes con esta aclaración: los dos últimos capítulos de la segunda parte han de constituir la del drama entero yendo todo el resto de la novela en narraciones intercaladas en diversas escenas de cada uno de los tres actos. De este modo, y utilizando, ya fenómenos medianímicos, ya antiguas crónicas de la señorial morada, ya leyendas y romances populares que pueden servir para levantar paulatinamente el velo que oculta la anterior exis-

tencia á medida que la acción avanza y para dar forma á tales narraciones, tenemos salvadas todas esas dificultades que acabamos de señalar.

VII.

Para dar ligerísima idea de lo que será una obra por el estilo y sin más pretensiones que la de abrir camino quitando de él los obstáculos de más bulto para que pasen escritores de más ingenio y mejores dotes, ha sido por lo que héme yo atravevido—alguno habia de ser el primero—á bosquejar las tituladas: *Alas y cadenas* y *Cómo se vengan los soles*, que en este mismo volúmen encontrará el lector.

Inmediatamente después de esta *Introducción* y precediendo á las citadas obras, hallaráse también un esbozo dramático con el epigrafe de: *Los muertos hablan.* La palabra *esbozo* indica bien claramente que no se trata de una obra acabada y perfecta – que mal pudiera serlo brotando de mi pluma—sino sencillamente de un capricho, bueno para representado por espiritistas y ante un público que comulgue en nuestros ideales.

No terminaré sin consignar aquí una pregunta que repetidas veces en el transcurso de la composición de las tres obras héme formulado.

Dado que el teatro ha de reflejar fielmente la vida y sus encarnizadas luchas; dado que la inmensa mayoría de los espectadores es todavía indiferente, cuando no refracta-

LA REVELACIÓN

se publica mensualmente en Alicante en cuadernos de 16 páginas, cubiertas, buen papel y esmerada impresión y contiene:—Los hechos y manifestaciones de los Espíritus y todas las noticias relativas al Espiritismo.—Instrucciones de los Espíritus sobre las cosas del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma; la naturaleza del hombre y su porvenir. - La historia del Espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y sonambulismo; la explicación de las leyendas y creencias populares, etc. Cuyo vastísimo plan de estudios será desarrollado en las siguientes **secciones** en que divide su texto, las cuales irán alternando cada mes por la imposibilidad de ser insertadas en uno solo:

Sección doctrinal.—Sección filosófica. - Sección de crítica religiosa.—Sección de crítica filosófica.—Sección científica.—Sección medianímica.—Sección libre.—Sección literaria.—Vário.—Crónica.

Para llenar nuestro cometido, contamos con la colaboración de los más distinguidos é ilustrados espiritistas y con la de los mismos Espíritus, que, con sus sábias comunicaciones, nos proporcionan enseñanza moral siempre y, á veces, científica.

Finalmente, los señores suscriptores á **LA REVELACIÓN**, además de ésta, recibirán, acompañando cada número, dieciseis páginas en octavo mayor, de una de las obras más notables de Espiritismo, que la misma publica constituyendo la

Biblioteca selecta de LA REVELACIÓN

de la cual es una buena muestra: **¡Bienaventurados los dementes!** (agotada) publicada con el retrato á la autotipia y la firma autógrafa de su autor, y la excelente obra **El Teatro Espiritista** que está en prensa.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por un año	**Alicante**	5 pesetas
	Ultramar y Extrangero	9 »
	España	6 »
Números sueltos		0'60 »

Pago adelantado

INSTRUCCIONES

Todos los abonos de suscripción principian en Enero y terminan en Diciembre

Desde cualquier pueblo, por pequeño que sea, pueden pedirse suscripciones directamente, remitiendo su importe en sellos de correo(de quince céntimos), libranzas del giro mútuo ó documento de fácil cobro á la orden del **Administrador de LA REVELACIÓN—Alicante.**

No se admitirán libranzas especiales para la prensa, ni se contestará la correspondencia que no traiga sello para la contestación.

Se considerará no recibida toda carta con pedido de suscripciones, que no venga acompañada del importe correspondiente, ó no esté recomendada por algún suscriptor de **LA REVELACIÓN.**

Se remitirá gratis á los Centros espiritistas que así lo soliciten y carezcan en absoluto de fondos para pagarla, como también á los Casinos y Gabinetes de lectura.

Así mismo se enviarán, como de muestra, números gratis à quien los pida

OFICINAS: Calle Alfonso el Sabio, 24, entresuelo.—ALICANTE.